

# Crítica de Libros

Por Eleazar Huerta

7 - XII - 45

UN BUEN conocedor de la literatura chilena me hizo observar, hace tiempo, las analogías existentes —según él— entre la prosa de Juan Godoy y la del español Gabriel Miró. Aquella afirmación, a la vista de la anterior novela escrita por Godoy, ANGURRIENTOS, se basaba en indicios sutiles. Pero ahora, con LA CIFRA SOLITARIA, en que el estilo de Godoy se afirma y a la vez se depura, el parentesco literario del mismo, con él de Miró es evidente, a la vez, que queda en eso, en parentesco, porque ciertas diferencias, entre ambos se hacen patentes, por otra parte.

Miró fué un gran poeta en prosa. Poníase a escribir y las imágenes le brotaban inagotables y sensitivas. Sus notas eran la exquisitez y el estatismo. Ahora bien, en LA CIFRA SOLITARIA, tan recargada de halagos expresivos, hay un dinamismo, una pasión que marcan una divergencia temperamental y en el modo de hacer por parte de Godoy. Una sola estampa podría pasar por típicamente mironiana; la de don Cecilio, el molinero. En lo demás, Miró es una resonancia, un antecedente, y nada más.

Lo esencial del libro está en que Godoy ha tratado de dar el mundo real de la niñez, tal y como la vivió el niño Loncho, allá en el sur de Chile. La lluvia, que cae ahora como entonces, es el elemento con cuya presencia se hace posible la evocación;

"Llueve torrencialmente —dice—. La lluvia me entristece como si me llenara de musgo la sangre, los nervios, la vida. Es que detrás de su trama persistente se acurrucan mi niñez, crecida cual lentos vegetales, entre la bruma. Y vuelvo hacia ella y penetro su mundo, lleno de misterio, de realidad y fantasía. Nada quizá es mío ya, pues todo ha cumplido su destino. Las ideas mismas, ¿no son un endurecimiento de la sensibilidad...?"

De esa realidad fantástica que es el alma de Loncho, lo esencial es el miedo. El viento brama. En los claros de silencio, las cosas enmohecen. Pero el miedo es permanente. "El miedo apacienta nuestra alma: miedo apenas cierra la noche, miedo de los hombres asesinado; en el callejón, miedo de las sombras, miedo de los muertos, de las ánimas de los muertos, de los bandidos, de los terribles inviernos. Las trancas sitúan nuestro miedo".

Por último, esa vida empapada de lluvia y nutrida de miedo, tiene su paisaje. "Y el paisaje es un cuarto donde crepitan leños y carbones, borbotea una tetera, chirría en las brasas un trozo de carne o reventía una papa en el rescoldo, o insufla la ceniza su cuerpo de fantasma. Nuestras sombras lentas, como buzos, en el estrecho ámbito. Y la vela llora el miedo y su pequeña luz se llena de sigilos".

Godoy, por tanto, sabe muy bien lo que quiere hacer, cuando comienza su novela. (No hay inconveniente en llamar novela a este tipo de relatos, y quienes soslayan el nombre empleando términos tales como "cuadernos", "estampas" o "memorias" son poco sinceros, acaso sin saberlo, o no se percatan de que la novela evoluciona, porque sigue siendo un género vivo. En Chile, la generación joven, a la que pertenece Godoy, está jubilando el costumbrismo, o sea la verdad objetiva).

Siempre será discutible, estéticamente, que un autor sepa tan a fondo lo que quiere hacer y disponga un plan escueto, casi rectilíneo. El plan es un freno insoportable para ciertos espíritus, en tanto que resulta un alivio para otros, sobre todo porque les da un criterio de selección y les inyecta brío.

En LA CIFRA SOLITARIA, la sensibilidad del niño Loncho, aparentemente desbordada —claro que dentro de su pequeño universo— se halla ordenada en torno a unas pocas escenas y personas. El matarife Serafin, brutal, borracho, ingenuo, hiere a su esposa y luego huye a la taberna, donde es asesinado. He aquí la primera estampa que enlaza con la siguiente mediante las lamentaciones de la mujer herida. "Serafin no es malo: es el espíritu del mal que le toma a él". En seguida, viene la segunda estampa: el velorio de Serafin, en que los datos realistas, de tipos corrientes, están supeditados a un personaje fan-

tástico y superior, el ciego Golondrino. Y a su vez, el desfile casual de los incidentes está rígidamente domado, para formar una escala de misterio, iniciado con el ataque histérico de la viuda y proseguido con el conjuro de palabras redobladas a cargo del ciego. Lo restante, la muerte del perrillo guía y la marcha del ciego, vienen a constituir un final esfumado, lírico en que la acción se disuelve.

Haber intentado crear un tipo como el de Golondrino, un bardo miserable e ignorante, pero ciego y sabio ha sido la audacia de Godoy. Y el acierto está en haberlo abordado de frente, falseando y embelleciendo su len-

guaje cuando ha hecho falta, siempre con arreglo a un criterio, hasta alejarlo por completo del viejo pícaro. Falsear así la vida, para hacerla más honda y significativa, es precisamente hacer literatura. Y literatura sin tesis, pues Loncho —como antes vimos— evocados tiempos en que aun no tenía ideas, sensibilidad endurecida. A este respecto, sería interesante un paralelo entre Godoy y algún otro autor actual, por ejemplo, Coloane. En Co-

loane, vemos que avanza el relato hacia una concepción, la de que la naturaleza moldea al hombre, en las tierras magallánicas. En Godoy, el avance, sostenido en recursos tan visibles a ratos como el de las palabras redobladas, desemboca después en el misterio, simplemente. La vida está más allá de toda interpretación.

"Ahora sé que entre la maraña de los actos del hombre, hay un acto permanente, un fondo esencial más o menos intenso —el vivir— que todos amamos e intuimos y que está más allá del bien y del mal. Por eso ninguna criatura es despreciable y habrá siempre alguien que consueña con su alma. Quizá una mujer que penetra siempre en este abismo insondable".

En el mundo de Loncho, los perros que conocen y los bueyes que sacrifican a diario en el cercano matadero,

son tan importantes como los hombres. Y no es el sentimiento refinado de piedad el del niño. Lo que experimenta es que el animal intuye la muerte como el humano; que sabe tanto como él, en definitiva.

"En los corrales del matadero, una vaca ovejuna se orinaba de miedo, lloraba unos lagrimones gruesos que le surcaban la piel; desolada, se estrellaba contra las varas, convulsa e impotente, a la vista de sus congéneres desollados ¡Qué pavorosa sensibilidad frente a la muerte tiene la boyada!".

En definitiva, el mundo evocado por Godoy, es bárbaro, primitivo, fantástico, no tanto por los hechos externos que recoge para apoyarse en ellos como por la pupila infantil con que están vistos. Pupila infantilmente convencional, por otra parte, pues ni Rilke ni sus descendientes —entre los que cuento a Godoy— vuelven de veras a ser niños sino que imaginan serlo y crean una infantilidad apócrifa. Ahora bien, conforme analizó Antonio Machado este fenómeno de "volver a vivir", en su Abel Martín, es esencial olvidar los detalles, matar el recuerdo, para que la vida pueda ser otra vez soñada, o vivida, que es lo mismo.

"Para quererte te olvido".  
decía por eso Machado a la figura de Guimard, en que resucitaba, ya eternamente viva, a su esposa muerta.

No cabe duda de que Golondrino —que había olvidado su nombre, se consideraba como un buéy y por eso se llamaba así mismo Golondrino— recrea el mundo desde el interior de su cerebro de ciego y es también externamente, una recreación. Por eso habla como habla, con un lenguaje que debe más a la prosa castellana medieval y a la Biblia que al folklore chileno, no obstante lo cual puede ser más esencialmente verdadero que los viejos de lenguaje taquigráfico.

JUAN GODOY

## La Cifra Solitaria

Imp. Escuela Nacional  
de Artes Gráficas



“Los pájaros y los peces, mi señor, son de un mismo linaje, porque Morsey dice que crió Dios en el quinto día del agua las aves y los peces. Y se parecen mucho, porque el nadar es como el volar, y como el vuelo corta el aire, así el que nada hiende por el agua; y las aves y los peces por la mayor parte nacen de huevos. Y si miráis bien, las escamas en los peces son como las plumas en las aves, y los peces tienen también sus alas, y con ellas y con la cola se gobiernan cuando nadan, como las aves cuando vuelan lo hacen. Mas, las aves son cantoras y parleras, y los peces, todos mudos”.

La pluma que ha escrito esto es tan falsamente ingenua como la de Rubén Darío cuando hizo hablar al lobo con San Francisco, en el castellano de Berceo, adobado al gusto modernista de entonces. Pero acaso no hay ni habrá nunca mejor manera de dar una emoción sutil que este de la recreación artística, de la falsedad deliberada. La estampa es un amaño, pero la resonancia íntima, la que se trata de suscitar, acude al conjuro.

El acarreo de estilos y técnicas diferentes a que se dedica Godoy, azuzado por su inquietud, es visible. Se nota que el autor ha devorado muchos libros en los últimos tiempos. Unas veces se empeña en acuñar lo vivido y lo sabido conforme a su expresión creacionista espontánea; otras, de aflorar, con un designio artístico, formas menos suyas. En este forcejeo es donde está, en ocasiones, la debilidad de Godoy. Pero generalmente sirve para ensanchar sus recursos; así como el plan, la composición rígida, le han servido para dar hondura, sin poderla, a una selva de sensaciones. E. H.